

EL COMPORTAMIENTO JUVENIL: TÓPICOS Y REALIDADES

Los jóvenes ¿una realidad?

En su *Conjuración de Catilina*, Salustio contraponía los jóvenes romanos de otras épocas a sus contemporáneos. Calificaba a los primeros de aguerridos, respetuosos con sus mayores, generosos y honrados, pero de los segundos afirmaba que “*por la opulencia invadían a la juventud la disolución, la avaricia y el orgullo (...) los jóvenes de ánimo blando y resbaladizo, fáciles de prender en los engaños (...) amancebados, jugadores y despilfarradores*” (XIII, 2-3; XIV, 5-6). Sorprendentemente, esta visión, de hace casi 2000 años, no dista mucho de la que mantienen algunos cuando hablan de los jóvenes de hoy en día. Tal similitud puede llevar a pensar que ciertas actitudes (por ejemplo, la falta de respeto, la soberbia o la intemperancia) son propias de un estadio evolutivo, están sujetas a circunstancias casi biológicas; parecen, en fin, previsibles en un momento del ciclo vital. En consecuencia con esta perspectiva, debería disculparse a los jóvenes o, al menos, comprenderse que, cuando sus comportamientos resultan inadecuados, no se les puede considerar enteramente libres y responsables.

Sin embargo, no debe perderse de vista que *la juventud* como etapa vital diferenciada es una invención social, una convención histórica y, además, bastante reciente. Por supuesto, en términos biológicos, existe un momento de plenitud física, una vez completada la maduración, en que el vigor y la fuerza llegan a su punto más alto; pero esto no significa que exista una diferencia biológica cerebral entre “los jóvenes” y “los adultos”. En el pasado, cuando se llegaba a determinada edad (o se producían determinadas circunstancias), los niños se convertían directamente en personas maduras y no disfrutaban de un largo decenio en que eran distintos de unos y de otros.

Hace algunos años —no tantos— los ideales y los bienes materiales deseados por los jóvenes y por las personas consideradas maduras coincidían enteramente. No existía un mercado juvenil: una manera de vestir, unos coches, un tipo de cine o espectáculos dirigidos a esta población. Ciertamente, no se concebía nada parecido a las políticas de juventud; y el tener 20 años no suponía ningún atenuante ante un comportamiento irresponsable o delictivo; la valoración social, la corrección y la pena eran iguales que para un hombre de 40 años.

La falta de cualquier elemento diferenciador objetivo e indiscutible entre lo que es ser joven y lo que no lo es se ha reflejado en la variación respecto a las edades que, se supone, comprenden este momento de la vida. Por citar un ejemplo evidente: mientras que en los estudios nacionales sobre la juventud en España la muestra empleada hasta 1984 comprendía desde los 15 hasta los 24 años, los más actuales abarcan un arco de que edad que cubre de los 16 a los 29 años. Por otro lado, muchos estiman que son población juvenil aquellos que no han alcanzado determinadas marcas de la vida adulta, como el desarrollo de una profesión (trabajo estable), la vida en pareja y la separación del hogar de los padres con plena autonomía

económica. Con tales criterios, la condición de joven debería aún prolongarse mucho después de los 30.

Pero el utilizar como variable de corte el arco de edad y estirarlo progresivamente también supone ir ampliando la heterogeneidad del grupo. ¿Es que son iguales un chico de 16 años y uno de 29? ¿Tienen rasgos y comportamientos en común? Un joven que acaba de terminar Derecho con 24 años ¿a quién se parece más? ¿A su padre, abogado de 47, ó a un mecánico de 25 que lleva siete años en la profesión? Pensar que, gracias a la edad, vamos a poder explicar muchas conductas supone una enorme ingenuidad. Los jóvenes salen de marcha, consumen alcohol o “pasan” de cualquier responsabilidad no por tener una edad determinada; las causas son mucho más complejas. Cuando una persona de 45 años afirma que “nunca ha dejado de ser joven” ¿a qué se está refiriendo? Da a entender, quizás, que ha mantenido una mente fresca y abierta; o, también, que sigue teniendo ganas de divertirse, de salir hasta tarde, de desarrollar muchas actividades y deportes... De lo anterior se desprende que existen conductas y actitudes que atribuimos a la condición de joven pero que no guardan vinculación directa con determinadas edades.

Para establecer realmente qué hacen y qué no hacen los jóvenes tenemos que recurrir a investigaciones con garantías y no quedarnos con los tópicos o con la información de los medios de comunicación. A fin de no perdernos, a lo largo de los dos epígrafes siguientes vamos a desglosar la información de los últimos estudios juveniles¹ que avalan o, al contrario, echan por tierra extendidas creencias sobre el comportamiento *típico* de los jóvenes. El criterio para afirmar que algo es propio o no de la juventud es, en casi todos los casos, el estadístico: lo que la mayoría de ellos desvelan, manifiestan o muestran. Es un criterio cuestionable, pero más seguro que la mera opinión ayuna de datos.

Familismo, consumo, permisividad...

Si una persona describiese a los jóvenes como sujetos que están apegados a la casa paterna, que, en general, mantienen buenas relaciones con sus padres, que consumen habitualmente alcohol y tabaco (aunque no sólo estas drogas), que el fin de semana salen hasta la madrugada con una casi total libertad de horarios y que se muestran bastante descreídos, habría manifestado, en términos globales, la realidad de las encuestas.

La satisfactoria convivencia y la ausencia de la mentada brecha generacional es uno de los rasgos más significativos de la actual generación joven. El incremento progresivo de la edad a la que se abandona el hogar paterno representa uno de los fenómenos sociales más interesantes de los últimos tiempos, un fenómeno, además, que no se puede explicar sólo con el incremento del precio de la vivienda y la precariedad laboral, pues variables sociológicas y psicológicas pesan igualmente en su evolución. Como causa o consecuencia de esta situación, la convivencia con los padres ha mejorado notablemente y aunque, naturalmente, persisten situaciones de

¹ Barraca Mairal, J. (2000). *Hijos que no se van. La dificultad de abandonar el hogar*. Bilbao: Desclee de Brouwer; De Miguel, A. (2000). *Dos generaciones de jóvenes (1960-1998)*. Madrid: INJUVE; Elzo y cols. (1999). *Jóvenes Españoles 99*. Madrid: Fundación Santa María; Instituto de la Juventud (1999). *Informe sobre políticas de juventud en España*. Madrid: INJUVE; Martín Serrano, M. y Velarde Hermida (1997). *Informe Juventud en España 1996*. Madrid: INJUVE;

falta de comunicación, la confianza que actualmente manifiestan con sus padres los jóvenes es bastante elevada. En las encuestas, éstos ponen como primer valor la familia y consideran que es la institución más importante y fiable. Si hay algo realmente muerto es la preconizada “muerte de la familia”. Mencionemos sólo un porcentaje: el 60% de los jóvenes considera que la familia propia explica el éxito en la vida. Nuestra juventud es la menos rupturista con las instituciones heredadas: asumen íntegramente la ordenación familiar, política, económica o relacional.

El incremento en el consumo de alcohol, de tabaco y de drogas blandas (hachís en particular, sobre el que hay, entre los jóvenes, una acusada permisividad), junto con el espectacular incremento de la cocaína (un 5% de los jóvenes de 14 a 18 años la han probado alguna vez) y las drogas de síntesis, más el abandono de la heroína, conforman el patrón de consumo de la juventud. Supone el principal problema de salud en esta población y evidencia la limitada utilidad de las campañas en contra de las drogas. Y es que la información por sí sola —y los jóvenes están, en este campo, bastante más informados que en el pasado— no cambia patrones de conducta. La asociación entre fin de semana y consumo de drogas es más alta que nunca, sea por las causas que sean. Existe, eso sí, una diferenciación entre alcohol-tabaco y las demás drogas. No obstante, para poner las cosas en su sitio, hay que mencionar que la mayoría de los jóvenes cree injustificable el consumo de éstas últimas, por mucho que, en la actualidad, estén extendidas entre amplios espectros de esta población. Obviamente, no es cierto que los jóvenes sean ahora mucho más agresivos o violentos, pero la ingesta de alcohol y drogas de forma continua desinhibe y vuelve más exaltados y desaprensivos a muchos de sus consumidores.

Al hilo del párrafo anterior, debe mencionarse que otro rasgo característico de los jóvenes —siempre a juzgar por las encuestas— es su libertad de horarios y, en concreto, sus costumbres nocturnas. El “espacio de la noche” se ha convertido en un ámbito enteramente juvenil: no sólo porque la mayoría de los jóvenes sale hasta altas horas de la madrugada y considera “colgado” a aquél que no lo hace, sino porque los más adultos, enfrascados en la noche, parecen también retomar su “actitud juvenil”, olvidar sus responsabilidades y divertirse de forma más alocada. Ahora no sólo es verdad la expresión “la noche es joven”: es *cada vez más joven* (los más “madrugadores” se sitúan entre los 18 y 21 años). Ante esta irrefrenable marea poco pueden hacer los padres. Cuando ya la inmensa mayoría se ha visto obligada a ceder, y con la supuesta justificación de estar localizables gracias a sus activos teléfonos móviles, resulta imposible adoptar posturas duras y obligar a los hijos a llegar antes; la presión social es aquí demasiado acusada.

Para acabar este epígrafe podría hablarse del descreimiento y la secularización de los jóvenes actuales. Sólo el 32% afirma creer en la vida después de la muerte. Y sólo un 30%, aproximadamente, cree que la conducta de uno en esta vida influye en la otra después de la muerte. El peso de la Iglesia Católica es, además, muy bajo de cara al control de las conductas: sólo entre el 11 y 13% considera que la sexualidad debe orientarse por la religión; y únicamente un 14% se califica de católico practicante. Quizás deba hablarse del triunfo de un moderno protestantismo (naturalmente, sin que los jóvenes lo sepan), pues la inmensa mayoría considera que “uno se puede considerar católico sin asistir mucho a los actos de la Iglesia” y que “los curas deberían casarse”.

Comodidad, materialismo, falta de compromiso...

“¿Los jóvenes? Los jóvenes de hoy en día son unos caros: en casa no hacen nada, ya se encargan sus padres de dejárselo todo hecho y darles todo el dinero que quieran para salir; no están dispuestos a ningún sacrificio ni a hacer nada por un valor importante; en lo único que piensan es en juntarse para acostarse unos con otros sin ningún compromiso”.

Algunas de las críticas más frecuentes que se hacen a los jóvenes se resumen en el párrafo anterior. Son estereotipos: no resultan verdad en la mayoría de la población joven; requieren matizaciones.

Respecto a la primera de las acusaciones —el que los jóvenes no hacen nada en la casa— debemos comenzar por mencionar que las actuales generaciones son las primeras en vivir en familias en las que existe una relación más simétrica entre ambos padres y en las que el reparto de las tareas se realiza de forma más igualitaria entre chicos y chicas. Pero aunque esto es cierto, en la actualidad las jóvenes siguen asumiendo muchas más responsabilidades hogareñas que los jóvenes. En una de las encuestas mencionadas² se examinó el grado de participación de los jóvenes de 21 a 29 años en tres tareas domésticas y se encontraron los siguientes resultados: el 86% de las chicas y el 44% de los chicos hacían su cama todos los días; el 80% de las chicas y el 39% de los chicos recogían los platos después de comer; el 58% de las chicas y el 27% de los chicos hacían la compra. Por tanto, no cabe sino concluir que la acusación es falsa para las mujeres aunque bastante cierta para el caso de los hombres. Sin embargo, también es verdad que cuando se redujo la muestra eliminando a los sujetos de menor nivel de estudios, los porcentajes de jóvenes varones que colaboraban en estas tres tareas aumentó significativamente.

Tampoco es cierto que los jóvenes obtengan todo el dinero que quieren de los padres. En este caso, se debe matizar por bienes de consumo. La inmensa mayoría estima que sus padres cubren enteramente sus necesidades en materia de comida y ropa, pero no en libros, videos y discos, y que se quedan muy cortos respecto al dinero que les dan para salir. Si bien, desde fuera, puede parecer que los jóvenes gastan mucho cuando van a divertirse, no debe perderse de vista algunos datos como el que una entrada de cine en sesión normal vale ahora 850 ptas. o que es habitual que por una copa les cobren otro tanto. En este caso, los jóvenes son víctimas de un lucrativo mercado a su costa.

En lo que toca al sacrificio, debe explicarse que la gran mayoría de los jóvenes piensa que la manera de encontrar trabajo y ascender en él pasa por trabajar mucho y ser inteligente. Apoyarse en la suerte se considera una necedad. El hedonismo y la despreocupación por el futuro son rasgos más adolescentes que juveniles: según se avanza en edad, la mayoría de los jóvenes no cree que sea adecuado “vivir al día”. Entre los 25 y los 29 años más del 50% de los encuestados no apoya este planteamiento y, unos años más tarde, la inmensa mayoría lo considera muy inadecuado. Eso sí, casi todos muestran su disconformidad a trabajar exclusivamente pensando en el futuro.

² De Miguel, A. (2000). *Dos generaciones de jóvenes (1960-1998)*. Madrid: INJUVE.

Si ver la televisión (zapeando) frente a leer libros, revistas o estudiar, se interpreta como falta de esfuerzo, el colectivo juvenil anda bajo mínimos. Las horas que pasan frente al televisor han aumentado progresivamente en los últimos años; no debe olvidarse que esta generación ha pasado una infancia brutalmente televisiva.

Pero cuando se acusa a los jóvenes de vagancia y carencia de valores, habrá igualmente que preguntarse cómo marcha toda la sociedad en estos órdenes. Si los jóvenes desean divertirse pasivamente viendo la televisión, si pretenden tenerlo todo ya, si anhelan ganar dinero sin sudores... ¿no están acaso funcionando como una caja de resonancia de los valores actuales?

Aunque la preocupación por la política no es, ciertamente, lo mismo que la preocupación por los valores, guardan puntos en común. Es un lugar común el que los jóvenes sean apolíticos, aunque es verdad que están, en general, despolitizados. Realmente, su conocimiento sobre los cargos políticos y sus funciones es, a grandes rasgos, acertado, aunque sólo entre los encuestados de mayor edad. En este aspecto los varones superan claramente a las mujeres. Los más jóvenes poseen menor grado de información sobre la política, consecuencia de su menor interés. Por otro lado, debe distinguirse entre partidos políticos y política: la mayoría de los jóvenes sí está dispuesto (y participa) en la consecución de firmas o en acudir a manifestaciones por causas justas. Es evidente que nuestros jóvenes no son los del mayo del 68, pero tampoco se ajustan al estereotipo del pasota total.

Finalmente, en el tema de las parejas y las relaciones sexuales, hay que comenzar afirmando que es cierto que la mayoría de los jóvenes han estado con más parejas que los de generaciones anteriores (entre los de 16-20 son, más o menos, el 70% los que han tenido dos o más relaciones; entre los de 21-29 se acercan al 80%). Pero el que las relaciones sean inestables y nada comprometidas es sólo verdad en los niveles de edad más bajos, ya que, a partir de los 25 años, los noviazgos son muy estables. En España sigue siendo una minoría los que se emparejan sin casarse. Aunque el deseo de muchos encuestados es emparejarse y luego casarse, al final casi todos desechan el “período de prueba” y pasan directamente por la vicaría. Como es tradicional, los hombres son los que, significativamente, manifiestan menos deseos de casarse, sobre todo cuanto más jóvenes son. Lo que es una gran verdad es que la juventud actual se muestra totalmente permisiva respecto a mantener relaciones sexuales completas sin estar casados, extremo con el que están de acuerdo más del 96%.

Cobrar distancia

Si el gregarismo puede tenerse por un comportamiento muy propio de esta edad, los jóvenes españoles son un espécimen de lo más típico. Realmente, uno de los rasgos más característico de nuestros jóvenes —pese a las diferencias que entre ellos se dan en tantos otros ámbitos— estriba en su manera de divertirse. Cuando se pone de moda una zona, una bebida (normalmente, una combinación infame de los peores mejunjes), una hora de salir o una ruta que recorrer (por ejemplo, empezar con música y güisquis en los parques), todos se pliegan a ella y, en el mejor de los casos, formalizan explicaciones de lo más burdo para justificarse. Es, que duda cabe, una lástima que sean objeto de una manipulación tan brutal. Manipulación y gregarismo que —hasta mucho tiempo después, cuando cobren distancia y descubran otras

maneras de vivir el tiempo— negarán absolutamente e, incluso, serán incapaces de concebir. En la vorágine de la diversión, resulta difícil apreciar el tremendo montaje económico que su consumismo nocturno ha generado. Quizás en esa limitación de pensamiento, que impide hacer cosas distintas, imaginar otras posibilidades y soportar la presión de los demás, radique el auténtico fracaso educativo.

JORGE BARRACA MAIRAL
Universidad Camilo José Cela